

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

MÁSCARAS

ROXANA
CONTRERAS



EDICIÓN 2023

LOS DEL
QUINTO PISO

N | **26**

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

El Texto incluido en esta edición fue escrito en 2023 en el Programa de formación en escritura dramática DIDASCALIA. Es propiedad intelectual de Roxana Contreras. Para montaje, representación o lectura pública comunicarse con la autora: romacope1308@gmail.com

Roxana Contreras



(Santa Ana, 13 de agosto de 1984). Soñadora, aprendiz de la vida, escritora con aspiraciones por la dramaturgia. Amante de la naturaleza y la literatura. Ha participado en diferentes talleres de escritura creativa, creación de personajes, historias familiares y en la cuarta edición del programa de dramaturgia Didascalía motivada por conocer herramientas para darle voz, movimiento e intensidad a personajes que solo tenían vida en su cabeza. Licenciada en periodismo y maestra en desarrollo territorial

que se gana la vida gestionando y coordinando programas y proyectos socioeconómicos y culturales.

DRAMATURGIA
DIDASCALIA
Publicación DiGiTal

MÁSCARAS

ROXANA CONTRERAS

*“También hoy,
cuando cierre el telón de la obra
de este día,
me quitaré mis máscaras,
las singulares máscaras que hice
para mis personajes
de esta jornada,
y mi rostro,
mi único rostro,
el que siempre sonrío,
se acostará a dormir,
intacto”*

Mario Zetino

Personajes:

Madre

Padre

Hija

Hijo

Caballo

León

Exsuegra

Excuñada

Pareja del Hijo

Tío

Joven de la iglesia

Exjefe

La obra transcurre en dos espacios dentro de una funeraria: Un lugar es la sala donde se encuentra el cuerpo del hijo recién fallecido, y el otro lugar es la pequeña habitación que dan en las funerarias para que descansen familiares de la persona fallecida.

La Madre despierta exaltada en la cama de la habitación de la funeraria. Frente a la cama hay una lámpara de mesa, emite una luz tenue. Están con la Madre, el Padre y la Hija.

Madre: *(Gritando)*. Ay no, mi hijo no, no, no, no.

Padre: ¿Qué pasó?

Madre: Soñé con aquel.

Padre: Tranquila, ya él está descansando en paz... lo importante es que vos estés bien.

Madre: Dejame contar el sueño. No me interrumpás...

Hija: Mami, tómese un poquito de agua. Tranquila, solo fue un sueño...

Madre: Ustedes dicen que solo fue un sueño, pero yo volví a ver vivo de nuevo a mi hijo. ¿Me entienden? ¡Vivo!

Padre: Vaya, vaya... Ahorita lo importante es estar tranquilos, amor. ¿Te pusiste la insulina? ¿Trajiste la medicina?

Madre: Callate, callate, callate. Vos y aquella quieren que esté tranquila y no puedo. ¿Que no ven que mi hijo está muerto?

Hija: Mire, mami, aunque nos cuente el sueño mi hermano no va a revivir.

Madre: Ya estás vos igual que tu tata, que no me querés dejar hablar...

Hija: Ajá. ¿Y entonces?

Madre: Soñé que él estaba sentado y en la mesa había una bolsa de veneno para ratas, pero él apretaba los labios, no quería tomárselo. Vi una mano que le apuntaba con una pistola, y oí que le decían que ese día él iba a morir si no pagaba lo que debía. Llorando, se metió las bolitas a la boca y allí me desperté.

El Padre y la Hija se miran entre sí.

Padre: Veneno para ratas, veneno para ratas... *(Se pone la mano en la boca para no llorar)*.

La Hija guarda silencio.

Madre: ¿Se acuerdan la vez que lo sentamos en medio de la sala por todos los desmadres que aparecían cada día?

Hija: Sí, mamá.

Madre: Igualito sentí ahorita. Callado, callado, callado...

Padre: Ajá...

Madre: Se acuerdan cuando le preguntamos, ¿en qué andás metido?

Padre: Ajá...

Madre: ¿Has matado o atropellado a alguien?

Padre: Ajá...

Madre: ¿Has vendido o consumido drogas?

Padre: Ajá...

Madre: ¿Qué has hecho? ¿En qué te has gastado tanto dinero?

Padre: Que sí, que nos acordamos... no sé a qué querés llegar...

Madre: Lo que pasa es que nunca nos dijo nada. Nada de nada. Solo se nos quedaba viendo y tragando saliva...

Hija: Tranquila, mami. Lo que pudimos, lo hicimos en vida...

Madre: ¡Shh! *(Se coloca el dedo índice sobre la boca)*. Como no es tu hijo no sabés lo que siento...

Hija: ¡Mamá!...

Madre: ¡Callate!

Hija: Pero, mamá...

Madre: *(Se pone las manos en los oídos)*. Callate, callate, callate mejor. *(Se quita las manos de los oídos)*. Yo de lo que estoy segura es que mi hijo no se mató solo... a mi hijo me lo mataron. Lo oyeron bien... *(Grita muy fuerte)*. Me lo mataron.

La Hija agacha la cabeza y guarda silencio.

Padre: Me lo mataron, me lo mataron... Mejor vamos para afuera que hay un montón de familiares y amistades que quieren dar el pésame. Como dicen, “el *show* debe continuar”.

Madre: Dejarías de ser músico... (*Burlándose del papá*). “El *show* debe continuar”... “el *show* debe continuar”...

Hija: Mami, tranquila... Antes de salir póngase la insulina y tómese las pastillas.

Madre: Dámelas, pues.

La Hija le pasa los medicamentos con agua y la inyección con insulina que andan en un pequeño termo. La Madre se pone la inyección y toma las medicinas.

Hija: Vamos, mami, que como dice mi papá, “el *show* debe continuar”...

Madre: Ve estos... el *show*, el *show*... como si mi hijo fuera payaso...

La Madre, el Padre y la Hija se levantan al mismo tiempo en la habitación y hacen movimientos sincronizados en los que extienden los brazos al frente y se acercan las manos a la cara para colocarse una máscara imaginaria para parecer ser fuertes. Los tres bajan los brazos al mismo tiempo.

La Madre, el Padre y la Hija salen de la habitación hacia la sala principal de la funeraria, en la cual se encuentra su hijo fallecido en el ataúd, así como la exsuegra y excuñada de la primera pareja de su hijo. La Madre, al verlas, se desmaya nuevamente.

El Padre y la Hija abanicán a la Madre hasta que se despierta de nuevo.

La exsuegra y excuñada de la primera pareja del joven fallecido se acercan.

Exsuegra: Ay, no puedo creer lo que pasó...

Excuñada: Sí, yo lo veo y no lo creo.

La Madre solo las observa y guarda silencio.

Excuñada: ¿Y cómo fue que murió?

Hija: Según el parte médico, le dio un paro respiratorio y luego un paro cardíaco.

Exsuegra: Gracias a Dios que fue muerte natural. Da cosita, pero ya me siento más en paz, yo pensaba que...

Madre: ¿Pensaba qué? ¿Que su marido me lo había mandado a matar? Dígame si así fue...

Exsuegra: No, mire...

Madre: ¿Por qué vienen aquí si nadie las ha invitado?

Excuñada: Disculpe, solo queríamos...

Madre: Aquí de veras no tienen vela en este entierro. Par de viejas metiches. Váyanse, váyanse que aquí no son bienvenidas...

El Padre rodea con sus brazos a la Madre para contenerla.

Hija: Mami, tranquila...

Madre: Cuál tranquila ni qué nada... estas viejas nos hicieron la vida imposible cuando mi hijo estaba vivo y no fue suficiente. Hoy ni siquiera nos dejan despedirlo en paz.

Hija: Tranquila, mami, tranquila...

Madre: Sinvergüenzas, eso es lo que son.

Exsuegra: Disculpe, nosotras solo queríamos darle nuestro más sentido pésame...

Madre: Váyanse de aquí que nadie las quiere...

Excuñada: Sepa que lamentamos mucho lo que le pasó a su hijo. Dios le dará consuelo y paz a su alma.

Exsuegra: Si en algo le podemos ayudar, cuente con nosotros...

Madre: ¡Cuenta con nosotros, cuente con nosotros!... “Que vaya a contar vacas al establo”. *(Se dirige al Padre y la Hija)*. Ayúdenme a ir a la caja, quiero verlo.

El Padre la sujeta del brazo y la acompaña.

Madre: Sacame a esa vieja de aquí, si no la voy a sacar yo del pelo. No respeta el dolor ajeno. *(La Madre comienza a llorar con rabia)*.

Padre: Calmate, ya se va a ir.

Madre: ¿Oíste lo que dijo? *(Con mofa)*. “Gracias a Dios que fue muerte natural”. De seguro su marido me lo mandó a matar, por eso venía afligida.

El padre silba la “Balada para Adelina”¹ mientras le soba el hombro.

Padre: Mirá, sea como sea ya no podemos hacer nada...

Madre: Puesí, yo sé, pero no respetan el dolor de uno...

Padre: Ya se va a ir, no le hagás caso. *(El Padre sigue silbando la “Balada para Adelina”)*.

Madre: Que me la saqués te estoy diciendo.

Padre: Gran bulla querés que haga por gusto.

Madre: Vos siempre pensando en lo que la gente pueda decir. Sacala, si no querés que la saque yo del pelo, ya te dije.

¹ Paul de Senneville, 1977.

El Padre silba “Mariage d’amour”² para calmarla.

Madre: Ya dejá de silbar... Viejos narcos, de seguro por andar vendiendo droga se fue huyendo el esposo de esa vieja para Estados Unidos. A mí no me la hacen, por algo venían afligidas por la muerte de mi hijito...

Padre: Vaya, yo dejo de silbar, pero vos tranquilizate.

Madre: No puedo, no puedo... No fue suficiente quitarle el montón de dinero diciendo que él los había estafado, sino que hoy también vienen a averiguar cómo se ha muerto.

Hija: Mami, tranquilícese, se le va a subir la azúcar.

Madre: Está bueno, que se me suba, que se suba la azúcar, si yo morirme quiero mejor. Ojalá se me suba y me muera, así voy a estar feliz con mi hijo.

Hija: No diga eso, mami, mis sobrinas nos necesitan. Mire que están chiquitas.

Madre: Yo sigo insistiendo que a mi hijo me lo mataron. Esos sus amigos que están allí de seguro lo saben, pero igual se quedan callados.

Hija: Mamá, deje de andar buscando culpables. Con andar averiguando, mi hermano no va a revivir.

Madre: Vos dejame, si a mí Dios me puso ese sueño, de seguro quiere que yo averigüe qué fue lo que pasó.

La Madre se va enojada hacia donde se encuentran dos amigos de su hijo: Caballo y León. Ellos se levantan de sus sillas para darle el pésame a la familia.

Madre: ¿Y ustedes qué hacen aquí?

² Paul de Senneville, 1978.

Caballo: Aquí, queriendo darle el pésame, lo-lo-lo sentimos mucho.

Madre: ¡Lo sentimos mucho, dice! ¡Lo sentimos mucho! Ustedes saben quién mató a mi hijo... Dígamelo, Caballo, dígamelo. O usted dígamelo, León... no se queden callados. Ustedes sabían en qué andaba mi hijo.

León: Nosotros no sabemos nada. Su hijo estaba ya grandecito y tomaba sus propias decisiones, deje de estarnos echando la culpa.

Madre: Yo lo único que quiero es saber la verdad. Díganme, ¿quién mató a mi hijo?, ¿en qué andaba?

Caballo: Si no sabe usted que es la mamá, ¿qué vamos a saber nosotros? Yo lo único que sé es que ya de tiempo tenía problemas de dinero y siempre andaba viendo quién le prestaba. A mí me bajó con mil dólares, a otro con quinientos y así... pero nunca decía para qué necesitaba tanto dinero.

León: Con nosotros salía hasta ponernos bien borrachos y joder con mujeres, pero nada más. Lo que a veces decían es que le gustaba apostar en los casinos o darse sus líneas de cocaína.

Madre: O sea que dicen que mi hijo era estafador, drogadicto y apostador.

Caballo: Nosotros no hemos dicho eso, usted lo está diciendo.

León: Puesí, como le digo, nosotros no sabemos bien en qué andaba y solo queríamos venir a darle el pésame porque, con todo y todo, a este cabrón lo queríamos y puesí, da cosa verlo allí en el ataúd bien tieso.

La Madre se da la vuelta y se encuentra con el tío de su hijo fallecido.

Tío: Hola, cuñada, lo siento mucho. Mire que la vida es un suspiro. A saber qué le pasó a este chamaco.

Madre: Ay sí, usted, este mi hijo nunca dijo en qué andaba. Siempre se quedaba callado cuando uno le quería ayudar, solo sacando y sacando dinero.

Tío: Mire, yo lo vi hoy como a las once y media de la mañana. Me pidió dos dólares, me dijo que iba a comprar un medicamento porque no se sentía bien, pero yo le dije que no tenía, pero este (*dirigiéndose al Padre*), se los dio...

Padre: Yo lo vi hoy y le pregunté si no andaba trabajando. A sacarme dos dólares llegó. Te los agarré del dinero que habías dejado para comprar la insulina.

Tío: Se miraba afligido, pero cuando le pregunté no me dijo nada. Tan bueno que era el cipote.

Madre: Yo le pregunté qué le preocupaba y siempre callado, callado, callado.

Padre: A mí me dijo que en la tarde tenía que llevar un dinero a su jefe, pero que por el momento estaba tomando un descanso. Yo le creí porque ya otros días había llegado igual.

Madre: ¿Te acordás que anoche lo llevamos a la clínica porque le dolía la cabeza? Estaba mareado y con la presión alta.

Padre: Sí, bien noche regresamos...

Madre: Aquí estamos recibiendo el pésame y ni sabemos bien qué pasó. Un chiste, eso es lo que somos.

Tío: Hey, cuñada, están dando cafecito con pan dulce, ya regreso.

Llega un joven que se congrega en la misma iglesia de la Madre y da el pésame a la familia.

Joven de la iglesia: Lo siento mucho. Estamos orando por el descanso eterno de su hijo y la resignación para cada uno de ustedes.

Madre: Muchas gracias por sus palabras y por acompañarnos.

Joven de la iglesia: Mire, yo lo vi a él hoy como a las doce y media.

Madre: ¿De veras? ¿Y qué le dijo?

Joven de la iglesia: Me pidió tres mil dólares prestados, pero yo ya le había prestado mil antes y no me había pagado.

Padre: ¿No le dijo qué iba a hacer con el dinero?

Joven de la iglesia: No, porque le recordé que me debía y me dijo que entendía que ya no le podía prestar.

Padre: ¿Y qué más pasó o le dijo?

Joven de la iglesia: Cuando le dije que no podía prestarle mejor se fue...

Padre: Gracias por contarnos.

Joven de la iglesia: Hoy en la tarde avisaron en la iglesia que su hijo había fallecido. No me lo podía creer. Uno no deja de sentirse mal porque piensa que si tal vez le hubiera ayudado no hubiera pasado eso.

Madre: No se preocupe, ya se lo había bajado una vez con dinero, usted hizo lo correcto. Él a saber en qué problemas se metió que siempre andaba necesitado. No crea, si uno se siente mal por ser pobre. Yo qué no hubiera querido darle todo lo que él quería, pero nosotros de lo que íbamos trabajando íbamos comiendo.

Joven de la iglesia: Tome, para que se ayude con los gastos de la funeraria.

Madre: Muchas gracias. Que Dios le bendiga y le multiplique.

El joven de la iglesia pone un par de billetes de veinte dólares en la mano a la Madre y se va. La Madre da el dinero a la Hija.

Están solos la Madre, el Padre y la Hija.

La Madre les pide al Padre y la Hija que vayan un momento a la habitación a descansar. Se levantan y al entrar a la habitación hacen movimientos sincronizados en los que extienden los brazos al frente, se acercan las manos a la cara para quitarse las máscaras imaginarias que se pusieron cuando salieron de la habitación. Los tres bajan los brazos al mismo tiempo.

Padre: *(Con voz entrecortada).* A mí se me cae la cara de vergüenza. Aquel a medio mundo le debía. Ahuevado me siento... en la entrada varios me dieron el pésame y también me decían que le habían prestado de diez a trescientos dólares, pero que no me preocupara, que así quedarán las cosas. Me ahueva porque toda la vida trabajé honestamente, es cierto que andaba prestando, pero lo pagaba, no como este pendejo que a saber para qué necesitaba tanto dinero. Como nunca decía nada.

Madre: *(Rompe en llanto y comienza a gemir).* Si yo era la nana, al menos a mí me hubiera dicho qué le pasaba. Yo no sé qué hicimos mal con este. Desde pequeño le daba pena que yo fuera la mamá. ¿Se acuerdan cuando fue a la escuela y fue a decirle a la maestra que la mamá de él estaba en Estados Unidos y que yo su niñera era? ¿Se acuerdan?

El Padre y la Hija ignoran el último comentario de la Madre.

Madre: Que si se acuerdan les pregunto.

El Padre y la Hija se vuelven a quedar en silencio.

Madre: Que si se acuerdan les estoy preguntando. Ya están igual que aquel, que se quedaba mudo.

El Padre y la Hija se miran entre sí y solo asienten con la cabeza.

Hija: Tranquila, mami. Tranquilo, papi, ni modo, ahora solo toca hacerle frente y seguir.

Padre: Para vos es fácil decirlo. Yo por andarle ayudando a pagar sus estafas me tuve de deshacer de mi casita, lo único que había logrado hacer después de 25 años de trabajo. Mirá que con mi nana desde chiquitos anduvimos rebotando de mesón en mesón, y eso es lo que quise evitar con ustedes, pero a aquel no le importó dejarnos prácticamente en la calle.

La Hija comienza a hablar.

Hija: No diga eso, papá, al fin de cuentas la más fregada sería yo que me tocó comprarle a usted la casa que originalmente era mi herencia y pagué montón de cosas de aquel estando en vida, y todo para no verlos a ustedes sufrir. ¿No se acuerda que en ese tiempo fue mi divorcio? ¿No se acuerda que hubo días en que solo tenía lo del pasaje para ir a trabajar? No, no, no, ustedes de eso no se acuerdan porque solo me pedían sin saber cómo hacía. Siempre queriendo resolverle la vida a “mi hermanito”, pero no se daban cuenta que yo lo pasaba mal. Pero bien, ni modo, aquel a saber en qué gran relajo se metió para necesitar tanto dinero. Hoy ya está muerto y nos vamos a quedar con la duda.

El Padre la ignora y comienza a cantar la canción “Los caminos de la vida”³.

³ Omar Geles, 1992.

La Madre, el Padre y la Hija se levantan y antes de salir de la habitación hacen movimientos sincronizados en los que extienden los brazos al frente, se acercan las manos a la cara para ponerse máscaras imaginarias que los hacen parecer fuertes. Los tres bajan los brazos al mismo tiempo.

Al salir de la habitación la Madre se vuelve a desmayar al ver entrar a la funeraria a la pareja actual de su hijo.

Hija: Papi, papi... mi mami.

Padre: ¿Otra vez?

Hija: Apúrese, ayúdeme a levantarla mejor. Hay que andar bien pendiente de ella. Si no es la presión, se le puede subir o bajar el azúcar.

Padre: Vos la alteraste con lo que acabás de decir.

Hija: Vaya ve, hoy resulta... Mejor diga... Mami, ¿qué le pasó?

Madre: Mi hijo se acaba de levantar del ataúd y andaba bien contento bailando con las niñas en los hombros la canción "La mané". ¿No lo vieron ustedes?

Hija: Tranquila, mami, de seguro se lo imaginó. Su mente la está fregando.

Madre: ¿Loca me estás diciendo? ¿Que estoy alucinando?

Hija: Puesí, la verdad aquí hemos estado todos y solo usted lo ha visto. No es nada real.

Pareja del Hijo: Mire este pendejo lo que hizo pues, y usted acordándose de él bailando "La mané". Pendejo, pendejo, pendejo... no le importó dejarnos solas a las niñas y a mí. Mire, tan chiquitas que están... Ay no, yo no sé qué voy a hacer sola con ellas.

Padre: Usted tranquila, nosotros le vamos a ayudar a sacarlas adelante.

Pareja del Hijo: Es lo mínimo que pueden hacer. Pendejo, ya me había insinuado en algunas veces que quizá lo mejor para todos era que él ya no estuviera, pero pensé que otra mujer tenía y me iba

a dejar. ¿Y la ropa?, ¿sus documentos?, ¿papeles del trabajo?
¿Qué se hicieron?

Padre: La ropa, zapatos y documentos me los llevé yo para la casa. Allá están. El ataché con los documentos del trabajo se los entregué al jefe de él porque llegó al hospital a preguntar y allí no toqué nada, nomás se lo entregué. En el hospital lo que nos dijeron que por la toxicidad del veneno para ratas no debíamos tocar ni la ropa ni cosas que él andaba antes de morir, que era peligroso para nosotros.

Pareja del Hijo: ¿Dinero o algo no dejó?

Entra el exjefe y se asoma al ataúd. Saca de un ataché una página y se acerca a la familia.

Exjefe: Mi más sentido pésame.

Madre: Gracias.

El exjefe le acerca la hoja a la Hija quien la lee en silencio y comienza a llorar.

Madre: ¿Qué pasa, hija? ¿Qué dice?

La Hija sigue llorando y no puede contestar.

Exjefe: Es la carta de despedida que les dejó su hijo, estaba en el ataché que me entregó su esposo. Permítame, yo les leo.

Madre: ¡Démela! No le pertenece...

Exjefe: Como les decía, se la voy a leer...

Madre: Que me la dé, le digo, esto es algo muy nuestro... usted no tiene derecho...

Exjefe: Mire, su hijo me hizo cosas que mejor no voy a entrar en detalles... así que al menos déjeme leerles la carta de despedida...

Madre: Lea, pues, y me la da que es de nosotros...

Exjefe: De acuerdo... la carta dice lo siguiente:

“Amor, ya no soporté más presión económica y más fracasos. Las amo demasiado, pero no quiero que les pase nada malo por mi culpa.

Te llevo en mi corazón, sos lo mejor que tuve. Mi princesa, chinita linda, te amo, mi amor. También a mi princesa, mi gatita enojona, te amo, mi preciosa. Decile a mi mamá que gracias por ser una madre perfecta, sin ninguna queja, que Dios puso para mí, la amo mucho. A mi viejo, que siempre se ha esforzado por nuestro bienestar y felicidad, y que a pesar de que no me decía que me amaba, me lo demostró siempre. A mi hermana, gracias por ser mi hermana favorita y por estar conmigo en las buenas y en las malas y demostrar su amor incondicional. Gracias por tu apoyo y consejos, te amo mucho, hermanita linda. También a mi chelita linda, díganle que la amo mucho y que ya no va a tener a quién echarle la culpa.

Amor, entre los colchones está un contrato de una casa de empeño, si pueden sáquenlo y lo vendés para que te ayudés en algo, y mi amigo León tiene otro por el que me prestó ciento diez dólares, también si pueden páguenle y te lo quedás, yo te lo quería regalar.

Decile a don Óscar que me...”

Hija: Don Óscar, ¿qué más dice? Allí está incompleta...

Exjefe: Lo demás no dice nada para ustedes, es solo para mí, por eso les traje solo esta hoja. De nuevo, mi más sentido pésame.

El exjefe entrega la carta de despedida a la Madre, da la vuelta y se va.

La Madre se agarra el pecho, se hinca en el suelo y comienza a llorar. La Hija llora también. El Padre se sujeta la boca para no llorar. La pareja del Hijo está muy enojada.

Madre: Yo ahorita ganas de agarrarlo del buche tengo y preguntarle por qué lo hizo, pero bueno, al verlo allí dormidito y tan tranquilo solo puedo darle gracias a mi Dios porque al menos lo pude velar y saber en dónde lo voy a enterrar.

Pareja del Hijo: Nunca me imaginé que fuera a envenenarse. ¿Por qué están seguros del veneno que tomó para matarse? ¿Veneno para ratas fue?

Padre: Sí, así nos dijeron en el hospital.

Madre: Yo sigo sin creer que mi hijo se suicidó. Si alguien se suicida no entra al cielo. Eso es lo que me preocupa.

Pareja del Hijo: Hoy en la mañana él salió sin cinco en el pantalón porque yo lo revisé. No puedo creer que esté muerto.

Madre: Perdonalo, mi buen Dios, no permitás que mi hijo ande penando en el purgatorio ni en el infierno. Ya suficiente con todo lo que sufrió en vida, mi Señor. No permitás que él ande penando. Te lo ruego, mi Dios.

Pareja del Hijo: Bueno, yo ya vine, lo vi y entendí que él solo se jodió. Mejor me voy, tengo que irles a dar de comer a las niñas, que por este pendejo se quedaron huérfanas.

Padre: Aunque me toque andar cantando en los buses, pero no se preocupe, de que sacamos adelante a las niñas, las sacamos.

Pareja del Hijo: Ojalá que sea cierto. Ahorita mejor me voy.

La pareja del Hijo se va. La Madre está mareada y pide de nuevo ir a la habitación. La acompañan el Padre y la Hija.

Se levantan y al entrar a la habitación hacen movimientos sincronizados en los que extienden los brazos al frente, se acercan las manos a la cara para quitarse las máscaras imaginarias que se pusieron cuando salieron de la habitación para parecer fuertes. Los tres bajan los brazos al mismo tiempo.

La Madre relee en silencio la carta de despedida que le entregó el jefe.

Madre: “Gracias por ser una madre perfecta, gracias por ser una madre perfecta, gracias por ser una madre perfecta...”. Qué perfecta ni qué ocho cuartos, yo siempre quise que mis hijos tuvieran un destino diferente al mío y no pude. Si a mí mi propia nana me abandonó de chiquita, mi tata solo pegándome pasaba, y un tío mío solo tocándome quería pasar. “Madre perfecta” y no pude enseñarle a mi hijo a andar por el buen camino y hoy me toca estarlo velando. Si se supone que uno debe ser su guía y llevarlos por los caminos del Señor. No entiendo en qué fallé, la verdad, no entiendo en qué. “Gracias por ser una madre perfecta, sin ninguna queja, que Dios puso para mí, la amo mucho...” dice...

La Madre deja la carta en la cama y se va a una esquina de la habitación y comienza a mover sus brazos arrullando a un bebé.

La Hija abraza a la Madre que llora desconsolada. El Padre agarra la carta de despedida de la cama y lee en silencio.

Padre: *(Lee en voz alta).* “A mi viejo, que siempre se ha esforzado por nuestro bienestar y felicidad, y que a pesar de que no me decía que me amaba, me lo demostró siempre...”. *(El Padre rompe a llorar desconsolado al leer esa frase).* Si a mí nunca me anduvieron diciendo que me querían. Si a mi nana le tocaba trabajar duro para conseguirnos qué comer a mí y mis cuatro hermanos. Mi tata solo se aparecía para embarazarla y se desaparecía. Nací de 7 meses y al sol me terminaron de criar, nunca tuvimos nada más que regaños y gritos. ¡Ay, hijo! ¿Cómo podía darte lo que yo no tenía? ¿Cómo demostrarte amor si a mí nunca me lo demostraron? *(Sigue llorando desconsolado).*

El Padre se va a otra esquina de la habitación y comienza a mover su mano derecha como dirigiendo a una orquesta sinfónica.

La Hija suelta a la Madre y corre a abrazar al Padre que llora desconsolado. El Padre sigue moviendo su mano derecha.

Hija: Tranquilo, papi, vos has sido el mejor papá que yo he podido tener. Te agradezco por haberme reconocido como tu hija cuando mi papá biológico no me quiso, así que no te lamentés, que sos un buen papá. Lo fuiste para mí, para mi hermano y de alguna forma vas a ser la figura paterna de las niñas también.

El Padre sigue moviendo su cabeza y mano derecha dirigiendo la orquesta.

La Hija le quita la carta de despedida y suelta al Padre. Lee en silencio y luego relee en voz alta.

Hija: “A mi hermana, gracias por ser mi hermana favorita y por estar conmigo en las buenas y en las malas y demostrar su amor incondicional. Gracias por tu apoyo y consejos, te amo mucho, hermanita linda...”. Te amo mucho, hermanita linda, te amo mucho, hermanita linda. Te amo mucho... Saben... mamá, papá... saben, yo nunca hice nada por mi hermano... siempre fue por ustedes... para que no me dejaran de querer si contradecía o no apoyaba a mi hermano. Cuando estábamos pequeños me dijo que él no podría quererme si yo no fuera hija de mamá y papá. Por eso nunca les contradecía, por eso siempre hice lo que ustedes querían, que incluía cubrir las deudas de mi hermano sin saber de qué eran exactamente.

La Hija se tira a la cama en posición fetal y llora desconsolada sujetando fuerte la carta contra su pecho.

Madre:	Padre:	Hija:
<i>La Madre sigue en su esquina moviendo sus brazos y arrulla a un bebé. Comienza a cantar la alabanza “Más allá del sol”⁴ en la parte que comienza con: “Y si por el mundo, yo voy caminando de</i>	<i>El Padre sigue en su esquina simulando con su mano derecha que dirige una orquesta. Comienza a cantar el tango “Frente al dolor”⁵ en la parte que comienza: “Frente al dolor, soy un roble que</i>	<i>La Hija sigue tirada en la cama en posición fetal. Comienza a cantar la salsa “Lágrimas”⁶ en la parte que comienza: “Lágrimas brotan de mis ojos, al leer tu carta de despedida...”.</i>

⁴ Albert E. Brumley, 1934.

⁵ Jesús Fernández Blanco, 1934.

⁶ Roberto Blandes, 1983.

*pruebas rodean y de | sabe aguantar los |
tentación...”. | azotes del viento...”.*

El Padre sigue moviendo su mano derecha dirigiendo a una orquesta, pero al escuchar la repetición de la palabra: daño, se levanta y dirige el dedo índice hacia su hija. Comienza a silbar la “Balada para Adelina”. La Madre al escuchar el silbido del Padre y la repetición de la palabra: daño, por parte de la Hija, se levanta de su esquina y, aunque camina moviendo sus brazos arrullando a un bebé, se da cuenta que no tiene nada entre las manos y abraza a su hija, el Padre abraza a la Madre y a la Hija. Cada uno se limpia las lágrimas y le dan un beso en cada mejilla a la Hija.

La Madre, el Padre y la Hija se levantan y al salir de la habitación hacen movimientos sincronizados en los que extienden los brazos al frente y los entrelazan entre ellos dándose fuerza como familia. Salen juntos de la habitación y se paran juntos frente al ataúd.

Hija: Mire, mami, hoy solo toca resignarse y seguir.

Madre: Ajá.

Hija: Lo que pudimos, le ayudamos en vida.

Madre: Ujum.

Hija: Mire, una amiga enfermera fue a preguntar a máxima urgencia y le dijeron que en sus últimas palabras mi hermano le había pedido perdón a Dios y pidió que les dijeran a ustedes que él los amaba y les pedía perdón también.

Madre: *(Se hinca y sube las manos al cielo).* Gracias, Dios, que mi hijo pidió perdón en último momento. Con eso va a entrar al cielo. Ten misericordia de su alma, Señor, no permitas que ande penando.

Hija: Tranquila, mamá.

Madre: Sí.

Hija: Usted tranquila, como sea vamos a sacar adelante a las niñas. Ellas son la prioridad.

Madre: Sí.

Hija: Tengamos fe, mamá, Dios nos va a ayudar, ya va a ver.

Madre: Sí.

El Padre toma por el brazo a la Hija alejándola de la Madre y habla en voz baja.

Padre: ¿Es cierto lo que te dijo la enfermera?

Hija: Yo no sé si sea cierto, papá, pero sé que al menos le da paz a mi mamá.

El Padre se queda en silencio.

Hija: Después del entierro y todos los trámites me iré a trabajar a otro país. Espero poder hacer un poco de dinero y mandarles para las niñas. Hay muchas deudas que resolver y con lo que gano no me alcanza.

Madre: Ahí ve vos, hija.

Padre: Como sea vamos a sacar adelante a las niñas, no te preocupés.

La Hija se va a descansar a la habitación. Antes de acostarse abre su mochila que tiene en la habitación y comienza a sacar fotografías y papeles. Empieza a armar una especie de rompecabezas en la cama.

Hija: ¿Qué hiciste, hermanito? ¿Por qué necesitabas tanto dinero? Pobrecitas mis sobrinas. Las dejás bien chiquitas, pero bien, ya vamos a ver qué hacer para sacarlas adelante. Veamos qué tenemos aquí... *(Revisa lo que ha colocado en la cama)*. En la carta dice que ya no aguantás más fracasos y problemas económicos... aquí casi todas las personas nos han dicho que les debías, ya sea poco o mucho dinero... ¿Apuestas? ¿Drogas? ¿Mujeres interesadas? Una combinación de todo... y esos tus amigos que tuviste desde chiquito... Ay, no sé, no sé qué sea, y quisiera saber para no quedarme con la duda. Quisiera saber la verdad, pero vos nunca decías nada y lo que yo anduve averiguando tampoco me llevó a concluir nada... Ni la ropa que tenés en el ataúd es tuya... Veneno de ratas... paradójico, moriste como viviste... como una rata...

La Hija tras estar pensando sobre la verdad de la muerte de su hermano se duerme en la habitación disponible en la funeraria. Comienza a soñar.

Hija: Decime, ¿qué pasó? ¿Por qué te metiste en tantos líos? ¿En qué te gastaste ese montón de pisto? Decime, no te quedés callado. Yo sé que ya estás muerto, pero lo necesito saber.

El hermano, que había estado callado, observando, le contesta en su sueño:

Hijo: Si te digo, los matan.

La Hija sale asustada de la habitación y busca a su madre y padre que siguen frente al ataúd.

Hija: Mamá, papá...

Madre: ¿Qué pasó? Venís sudando, ¿qué tenés?

Hija: La verdad.

Padre: ¿Cuál verdad?

Hija: La de nosotros. Lo que hemos estado ocultando todo este tiempo.

Madre: No te entiendo. Dejá de hablar babosadas.

Hija: Acabo de soñar con mi hermano... siempre preguntándole qué hizo con todo el dinero y lo que me dijo es que, si nos decía, nos matarían también a nosotros.

Padre: ¿Qué querés decir?

Hija: Lo hizo para salvarnos de nosotros mismos... Hemos venido cargando con tanto dolor, tristeza, carencias y miedos desde la infancia. La muerte de él solo nos ha hecho sacar todo eso. No vamos a descubrir por qué se suicidó, pero podemos enfrentar nuestras heridas y seguir con nuestras vidas.

La Madre y el Padre se miran entre sí y comienzan a llorar.

La Hija enciende la luz de la habitación.

La Madre, el Padre y la Hija se funden en un abrazo.

La Madre, el Padre y la Hija se levantan, y al salir de la habitación bajan los brazos al mismo tiempo y los colocan sobre los hombros de los otros y salen a la vela a recibir el pésame y a seguir velando a su hijo fallecido. La Madre, el Padre y la Hija inhalan aire por la nariz y lo sacan por la boca, se colocan frente al ataúd.

El espíritu del Hijo se levanta en ese momento del ataúd y se va a abrazar a la Madre, luego al Padre y después a la Hija. Todos se quedan viendo entre sí y sienten paz.

Máscaras

Roxana Contreras, 2024

Primera edición (Digital)

Los Del Quinto Piso Editores

San Salvador, El Salvador, 2024

América Central

Edición: Jorgelina Cerritos

Revisión de texto: Adela Jenny

Diagramación: Víctor Candray

Publicación digital: <https://www.jorgelinacerritos.com/>



17 años de Teatro